

La lucha por el poder estatal



León Trotsky

En 1918 Luís C. Fraina, comunista norteamericano nacido en Italia en 1894, publicó en inglés, con el título *La revolución proletaria en Rusia*, una compilación de materiales de Lenin y Trotsky, compilación que recibió el apoyo de Lenin que se refirió a ella como a “un verdadero manual de historia de la revolución rusa”. Ofrecemos aquí a los revolucionarios en forma de folleto la selección que Fraina hizo de materiales de Trotsky para dicha recopilación y que se basaba en los artículos publicados en *Vperiod*. Es esta una lectura directamente complementaria de *¿Y ahora qué?* y *Programa de Paz*, ambos folletos publicado por Trotsky y que el lector puede descargarse desde estas mismas Edicions Internacionals Sedov. Nuestro sello editorial continúa su tarea de procurar poner a disposición de los hombres y mujeres que luchan por la construcción de partidos obreros revolucionarios, y de la indispensable internacional obrera revolucionaria, los materiales de los clásicos del marxismo que nos parecen más pertinentes. En breve, este sello pondrá a disposición de los revolucionarios más materiales correspondientes al año 1917, del que conmemoramos su centenario.

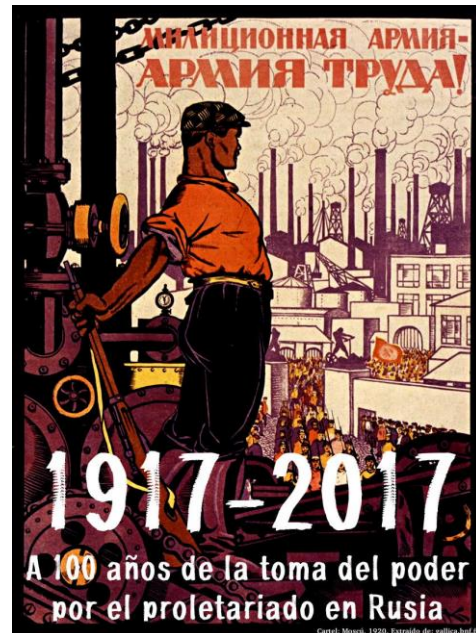
Para esta edición hemos seguido la que hace el [Trotsky Internet Archive – MIA](#) en su *The Struggle for State Power*. Agradecemos la colaboración de Vicent Blat en la versión castellana de la introducción de L. Fraina.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

Valencia, diciembre de 2017



A cien años de la revolución proletaria en 1917

Índice

<i>Introducción [de Luis C. Fraina]</i>	3
<i>La paz y la reacción</i>	14
<i>La farsa del doble poder</i>	18
<i>El pacifismo, cipayo del imperialismo</i>	24
<i>Las jornadas de julio</i>	30

Introducción [de Luis C. Fraina]¹

Octubre de 1918

El gran problema decisivo de la revolución rusa fue el problema del poder estatal, el problema de qué clase debería controlar el estado y qué forma debería asumir el estado. Cada fase y tendencia de la revolución está entrelazada con este problema del poder del estado, cada crisis de la revolución es una crisis de poder. Dos semanas después del derrocamiento del zarismo y la organización del Gobierno Provisional y los Sóviets de Obreros, Soldados y Campesinos, apareció el problema del poder estatal y se convirtió rápidamente en el tema determinante, del cual todos los demás problemas eran simplemente una expresión.

La burguesía, que al principio deseaba una monarquía constitucional, concilió bajo la presión de los acontecimientos con una república; su concepción del poder estatal era una república parlamentaria burguesa que conservaba en su maquinaria todas las características esenciales del gobierno del zarismo: una autocracia capitalista disfrazada con la máscara de las formas democráticas. Al principio, el Gobierno Provisional estaba dominado por los ultrarreaccionarios del tipo Guchkov y Miliukov; pero después de la crisis del 2-3 de mayo, el gobierno quedó bajo el control de los liberales burgueses, los cadetes y los socialistas moderados. Los cadetes eran abiertamente imperialistas, una política dictada por sus relaciones de clase, mientras que los socialistas moderados se veían obligados a consentir una política imperialista por su alianza con la burguesía y su negativa a asumir todo el poder a través de los sóviets, lo que significaba que en el país podía y debía ponerse en práctica y formularse la política revolucionaria independiente.

El 5 de junio, el Comité Ejecutivo de los Sóviets, hizo un llamamiento a las organizaciones socialistas y obreras del mundo para “una lucha decidida y enérgica contra la matanza universal”, y “un acuerdo para la terminación de la ‘tregua del partido’ con gobiernos y clases imperialistas, lo que hace insignificante la verdadera lucha por la paz”. Pero esta apelación fue en sí misma ineficaz por la alianza de los sóviets con un gobierno burgués, una política fundamentalmente idéntica a la política de los socialistas patrióticos de Francia, que enviaron a sus representantes al ministerio burgués de Viviani y Briand, del capitalismo y el imperialismo.

La entrada de representantes socialistas de los sóviets en el ministerio fue una violación flagrante de la política socialista revolucionaria y un desdén hacia la situación imperante. El único poder real en la nación era el poder de las masas revolucionarias, organizadas en los sóviets; la rendición de la autoridad al gobierno burgués no podía alterar las relaciones reales de poder ni eliminar los antagonismos entre las masas revolucionarias y la burguesía. Coalición significaba esquivar el problema del poder, no su solución. Con otras palabras, los líderes de los sóviets podrían ceder todo el poder al gobierno; de hecho, los sóviets se vieron obligados por la presión de los acontecimientos y los antagonismos de clase a limitar la autoridad del Gobierno Provisional, a menudo para repudiarla, para asumir una actitud que impedía igualmente

¹ Versión al castellano de Vicent Blat desde “Introduction” a *The Struggle for State Power*, en Trotsky Internet Archive – MIA .

el desarrollo de un poder y una política burguesas o de una política proletaria y del poder proletario. La situación era intolerable: no podía promover la revolución, solo el caos y la reacción.

El creciente resentimiento contra la coalición, que finalizó el 18 de mayo, obligó al Comité Ejecutivo de los Sóviets a principios de junio a emitir una declaración explicativa:

1.- Los ministros socialistas fueron enviados al gobierno por el Consejo de Delegados Obreros y Soldados con el mandato definido de asegurar una paz general por acuerdo entre las naciones y no prolongar una guerra imperialista en nombre de la liberación de las naciones.

2.- La participación socialista en el gobierno no significa un cese de la lucha de las clases, sino, por el contrario, su prolongación para la conquista del poder político. Fue por esta razón que la entrada de los socialistas en el ministerio con representantes de los partidos burgueses fue imposible hasta que algunos de los enemigos del proletariado ruso fueron encarcelados y otros fueron eliminados del poder por el movimiento de las masas revolucionarias del 2 y 3 de mayo.

3.- La participación de los socialistas en el gobierno se lleva a cabo en las condiciones de la más completa libertad que disfrutaban el proletariado y el ejército, esta libertad no se ve afectada por la ley marcial, la censura política u otras restricciones. El control organizado por las clases trabajadoras de sus representantes es lo suficientemente efectivo.

5.- La entrada de sus representantes en el gobierno no significa para el proletariado ruso el debilitamiento de los lazos que lo unen con los socialistas de todos los países que luchan contra el imperialismo, sino, por el contrario, el fortalecimiento de estos vínculos mediante una lucha común más intensa para una paz general.

Verdaderamente, “la participación socialista en el gobierno no significa un cese de la lucha de las clases”, sino que significaba un fortalecimiento de la burguesía frente al proletariado, significaba una confusión temporal y el debilitamiento de la *lucha consciente* del proletariado; una conclusión ampliamente probada por el hecho de que la lucha contra la coalición se convirtió en el centro de la lucha de clases *revolucionaria* de las masas proletarias y campesinas. El propósito de la coalición, directa e indirectamente, consciente e inconscientemente, era castrar la lucha revolucionaria transformándola de una lucha de acción de masas revolucionaria en disputas y más disputas en el ministerio entre los representantes socialistas y los cadetes. En lugar de acción, palabras; en lugar de revolución, ¡conciliación!

Pero la conciliación se rompe miserablemente bajo el impacto de los antagonismos violentos de clase, en la tensión de los acontecimientos revolucionarios. La política menchevique y de los social-revolucionarios pudo haber prevalecido en un período prerrevolucionario; fue completamente inútil durante una revolución. La política de conciliación, de cooperación de las clases, es posible cuando las masas son apáticas, porque entonces las masas no actúan contra la conversión inevitable de la cooperación de las clases en la supremacía de la clase capitalista. Pero en una revolución, las masas están en movimiento; los desarrollos de años se comprimen en meses y días; las relaciones de clase y los antagonismos de clase se revelan aguda, cruda e inflexiblemente. La conciliación requiere compromiso; pero en una revolución con sus crisis y trastornos, el compromiso debe ir a la raíz de las cosas, debe ser fundamental: en otras palabras, el compromiso requiere la rendición de una clase o la otra. Ahora ni el proletariado ni la burguesía estaban dispuestos a hacer el compromiso necesario, lo que habría significado la abdicación; y la situación necesariamente se resolvió en una doble lucha contra la coalición: una lucha desde la derecha, la de la burguesía imperialista, y

una lucha desde la izquierda, la del proletariado revolucionario y su aliado, el campesinado empobrecido.

El principio de conciliación que supuestamente animaba al Ministerio de la Coalición se expresó en la práctica en una aguda crisis ministerial tras otra. La coalición fue acordada el 18 de mayo; el 31 de mayo. A. Konovalov (cadete), Ministro de Comercio e Industria, renunció a su cartera debido a una completa divergencia de puntos de vista con el Ministro de Trabajo Skobelev (menchevique-socialista) sobre medidas económicas y financieras apropiadas, en particular las medidas necesarias para actuar contra la crisis interna que prevalecía. Y esta divergencia era inevitable. La acción para enfrentar la crisis interna requería medidas que limitaran por igual el poder y las ganancias de la clase capitalista, y los representantes burgueses en el ministerio nunca consentirían estas medidas, incluso cuando éstas asumieran la forma comparativamente moderada de las medidas propuestas por un menchevique. En política económica, como en la guerra y la paz, la conciliación era una caña rota que no podía sostener nada.

El gobierno de la coalición estaba en una posición insostenible: obrar en una época revolucionaria le era imposible. O bien, honestamente, trató de representar tanto al proletariado como a la burguesía, la revolución y la reacción, en la que podía hablar, pero no actuar debido a los antagonismos de los intereses de clase; o bien, bajo la presión de los acontecimientos, podía actuar, pero en interés de una u otra clase. No fue un accidente de la historia que la principal personalidad de este gobierno fuera Kerensky (y Kerensky fue su espíritu guía incluso antes de convertirse en primer ministro): un orador, un maestro de las palabras, un experto en la psicología de las promesas. Solo las palabras, solo frases finas y eslóganes brillantes, instrumentos para el engaño de las masas, podían ser la expresión de un gobierno de dos clases en una situación revolucionaria. Y donde el gobierno de la coalición actuó, actuó fatalmente contra la revolución. Donde las revoluciones no actúan, están sumergidas en una confusión de palabras. Si una clase revolucionaria se encoge ante la tarea de asumir el poder y reorganizar la sociedad misma, la clase dominante actúa inevitablemente en interés de la reacción. Cada día que pasaba en la fabricación y aceptación de frases como un sustituto de la acción era una derrota para la revolución. La política de frases hace reaccionar. Los lemas de la revolución pueden ser utilizados y asimilados por los políticos de la burguesía y los socialistas moderados en el tiempo: su *acción* nunca.

Bajo el gobierno de la coalición, en la práctica el gobierno de la clase dominante, la industria se veía paralizada por la misma burguesía, que usaba su propiedad de la industria para matar de hambre al proletariado y paralizar la revolución al bloquear a los trabajadores y sabotear la producción. La agricultura también se vio paralizada porque el gobierno no se atrevió a llevar a cabo la tarea revolucionaria de expropiar y distribuir la tierra, ya que esta tarea contrariaba los intereses de la burguesía representada en el gobierno. Los representantes burgueses, ayudados e instigados por la maquinaria burocrática del gobierno del antiguo régimen conservado en su totalidad por lo nuevo, sabotearon cualquier medida radical del gobierno, cuando la presión obligaba al gobierno a actuar, lo que rara vez ocurría. La tarea de la reorganización interna podría ser llevada a cabo o bien por un gobierno estrictamente burgués, lo que habría significado una reorganización predominantemente en interés de la burguesía; o bien por un gobierno socialista estrictamente revolucionario que actuase a través de los sóviets (una “dictadura del proletariado y el campesinado”), que habría significado una reorganización en interés del proletariado y del campesinado empobrecido. El Gobierno Provisional palpó todos los problemas vitales de la revolución para declarar que estos problemas debían ser resueltos por la Asamblea Constituyente... y siguió posponiendo la reunión de la asamblea. Mientras tanto, actuó en interés de la burguesía y trató de

socavar a los sóviets, en particular a los sóviets de soldados en el ejército; la propaganda para una ofensiva estaba relacionada con la propaganda para aplastar a los sóviets de soldados. Con la aceptación de la coalición y la política del procedimiento parlamentario burgués, los moderados en los sóviets promovieron, por inacción, la política de reacción del gobierno.

El problema del poder era ineludible. La impaciencia revolucionaria de las masas aumentó en la medida en que el gobierno de la coalición evadió la necesidad de acción y adoptó una política internacional que alió a la Rusia revolucionaria con la reacción y el imperialismo de Gran Bretaña, Francia e Italia. El gobierno no se limitó a analizar el tema de la paz: en realidad repudió la paz y secretamente conspiró para continuar una guerra imperialista, una guerra aún imperialista, a pesar del aluvión de palabras que surgió de la boca de Kerensky sobre la democracia y una paz permanente. El Ministro de Asuntos Exteriores, Tereschenko, argumentó que la publicación de los tratados y acuerdos secretos celebrados entre el Zar y Gran Bretaña y Francia significaría una ruptura con los Aliados: y sin embargo, el menchevique Tsereteli discutió en el Congreso Panruso de los Sóviets en junio: “Deseamos apresurar la conclusión de un nuevo tratado, en el que los principios proclamados por la democracia rusa serán reconocidos como la base de la política internacional de los Aliados”. No solo no se publicaron los tratados secretos sino que, además, el propio gobierno de la coalición utilizó la diplomacia secreta para hacer sus propios arreglos para continuar la guerra: la política de la Rusia revolucionaria se hizo dependiente de los deseos de los Aliados².

Las palabras del gobierno de la coalición prometieron paz, pero sus actos constituyeron la guerra. Si la publicación de los acuerdos del tratado secreto hubiera significado una ruptura con los Aliados, la aceptación por parte de los Aliados en palabras de la fórmula de paz de la Rusia revolucionaria habría significado, simplemente, nada. La política de tratar de influir en los gobiernos imperialistas de los aliados para revisar y reformular sus objetivos bélicos de acuerdo con la fórmula de Rusia no era solo una política inútil y pequeño burguesa, sino que era poco sincera porque el Gobierno Provisional tramó la guerra en secreto. Los mencheviques y los social-revolucionarios, los moderados que controlaban los sóviets, aceptaron esta política: contribuyeron al engaño de una guerra por la democracia o una guerra para “defender la revolución”, pero ¿qué revolución?

Durante el período de la coalición, el Consejo de Soldados y Obreros, en su expresión dominante y moderada, era un representante de una democracia vaga. “¡La unidad de todos los elementos democráticos!”: esta era la consigna del gobierno de la coalición y de los moderados soviéticos. Pero la democracia, bajo las condiciones del imperialismo, es un instrumento de reacción, un factor en la promoción del imperialismo, un medio útil y necesario para engañar a las masas. El gobierno y los moderados soviéticos trataron de revivir el espíritu de guerra del pueblo hablando de una “guerra democrática”, una “guerra para defender a la revolución”. Pero bajo las

² 1. En cuanto a la publicación de los acuerdos de tratados secretos, el gobierno de Kerensky también siguió el ejemplo de los aliados. Tereschenko, que era el Ministro de Asuntos Exteriores de Kerensky, como lo había sido del Príncipe Lvov, dijo en un telegrama secreto al encargado de negocios ruso en París, del 24 de septiembre de 1917: “La publicación de un tratado generalmente conocido sería completamente mal entendido por la opinión pública, y solo daría lugar a demandas para la publicación de los acuerdos que se han concluido durante la guerra. La publicación de estos, y especialmente de los tratados rumanos e italianos, nuestros Aliados la considerarán indeseable. En cualquier caso, no tenemos la intención de poner dificultades en el camino de Francia o de colocar a Ribot en una posición aún más dolorosa. No se colocarán obstáculos en la forma de publicar todos los acuerdos antes o durante la guerra, en caso de que los demás Aliados, que son partes en ellos, consintiesen”.

condiciones imperantes, cada acción hacia la guerra era contrarrevolucionaria: el “restablecimiento de la disciplina” en el ejército se interpretaba necesariamente como el aplastamiento de los sóviets de soldados; y, además, la guerra se libró en alianza con el imperialismo anglo-francés, fortaleciendo a la burguesía de Rusia y a sus intereses imperialistas. Sólo se podía llevar adelante una guerra para defender la revolución después de que la burguesía y los “socialistas” pequeñoburgueses fueran excluidos del gobierno, solo después de que el gobierno se convirtiera en una “dictadura del proletariado”; solo una guerra revolucionaria, llevada a cabo por un gobierno proletario revolucionario con fines revolucionarios podría constituir una guerra “para defender a la revolución”. La mayoría socialista moderada en los sóviets, cuyo socialismo fue una perversión de la lucha de clases y esencialmente una expresión de la democracia de la pequeña burguesía nacionalista y liberal, se desarrolló bajo la presión de los acontecimientos en una fuerza conservadora y contrarrevolucionaria. La influencia de los líderes soviéticos se utilizó para engañar a las masas y apoyar la política burguesa del gobierno de coalición. La única salida era romper la coalición por medio de la entrega de todo el poder a los sóviets³.

El problema del poder estaba muy a la orden del día en el Congreso Panruso de los Sóviets, que se reunió a mediados de junio y en el que Lenin y Trotsky lideraron la oposición revolucionaria a la política de coalición. Esta fue la formulación de Trotsky del problema:

“Les digo que el país se está acercando a una catástrofe total, porque de alguna manera no podemos entender que todo se basa en la creación de un poder homogéneo. En dos semanas, la pregunta se hará más aguda. La pregunta es: ¿poder para quién y sobre quién? ¿Es el poder sobre la democracia revolucionaria o el poder de la democracia revolucionaria? No olvide que en el momento de la desmovilización necesitaremos un gobierno aún más poderoso, y por lo tanto, yo digo que el poder total debe ser entregado a la democracia.

La política de postergación continua y los preparativos detallados para convocar a la Asamblea Constituyente es una política falsa. Puede destruir incluso la propia realización de la Asamblea Constituyente. Y estos cuervos negros de la Cuarta Duma Imperial no son en absoluto tan inocentes. Sus delegados en el gabinete están privando de comida a la revolución rusa prácticamente en todas las esferas, mientras ellos mismos se sientan en el Palacio Tavríchevsky y esperan el momento en que, como piensa el diputado Kerensky, el país desee el regreso del antiguo gobierno octubrista. Entonces Rodziánko vendrá y nos atará en una bolsa, a ti, del ala derecha, y a nosotros de la izquierda”.

Al responder a Trotsky, el ministro Tsereteli declaró que:

“... la concentración de todas las fuerzas del país es necesaria para liquidar la crisis interna y externa. Este problema solo puede ser resuelto adecuadamente por un gobierno que una a la gran mayoría de la población y que descansa sobre todas las fuerzas vivas del país. El Sóviet de Delegados Obreros y Soldados indudablemente tiene una gran influencia; sin embargo, no podemos decir que una a todas las fuerzas del país. Excepto las masas, que están unidas por los consejos, todavía existe la Rusia que paga

³ No discutiré aquí el problema, interesante en psicología, concerniente a los motivos de los moderados de los sóviets. Si eran conscientemente contrarrevolucionarios no es importante: incluso podemos admitir que no lo fueron. Pero en las grandes crisis sociales los motivos de los individuos cuentan poco: su tendencia es la consideración determinante. No es necesario acusar a los veteranos del movimiento socialista, como Plejánov, Chkheidze y Tsereteli, de traición consciente a la revolución: se prueba el hecho de que su actitud y tendencia general actuó en contra de la revolución. La política pequeñoburguesa de estos hombres es la gran maldición del socialismo internacional, como lo fue de la revolución proletaria en Rusia.

impuestos y las clases propietarias. Solo con la experiencia real se dejará en claro si los representantes de la burguesía son realmente capaces de emprender un programa radical de reformas o si sabotarán ese programa. Si los representantes de la burguesía se muestran incapaces, serán expulsados, pero hasta que eso suceda, nadie puede desacreditarlos de antemano, porque esa falta de confianza generaría la desorganización que es tan peligrosa en la actualidad. El camino bolchevique solo puede conducir a una guerra civil”.

Era exactamente la exclusión de las clases propietarias lo que era necesario para un gobierno permanente, enérgico y revolucionario; era exactamente la necesidad de excluir a la burguesía del gobierno lo que era una característica central de la política de todo poder para los sóviets. Un socialista revolucionario sabría que la burguesía sería incapaz, algo que Tsereteli estaba dispuesto a aprender solo de la experiencia: y cuando la experiencia había demostrado la incapacidad y la traición de la burguesía más allá de la sombra de toda duda, Tsereteli y otros mencheviques todavía se oponían a todo el poder a los sóviets.

Precisamente la confianza en el gobierno de la coalición y su política burguesa fue lo que desorganizó al país y debilitó la moral de la revolución. El problema del poder estatal era un problema realista: lo único que podía hacer frente a la situación era o bien todo el poder para el gobierno, o bien todo el poder para los sóviets. La dualidad del poder simplemente intensificó la crisis e impidió la organización de las fuerzas internas.

Los moderados deseaban que los sóviets desempeñaran el papel de oposición, el papel del partido de oposición en un gobierno parlamentario, una política que no expresara audacia ni comprensión de las exigencias revolucionarias de la situación. La política de la mayoría moderada en los sóviets, de tener éxito, habría producido un gobierno permanente y fuertemente burgués; y esto habría significado la destrucción final de los sóviets y su potencial misión revolucionaria. La política de los bolcheviques, todo el poder para los sóviets y la abolición del viejo estado y su maquinaria burocrática de gobierno, era una política realista determinada por los exigencias prácticas inmediatas de la revolución; y además era una política que, por la tensión de los acontecimientos y la necesidad, se convertiría en la política de la revolución proletaria en Rusia.

Pero el Congreso Panruso de los Sóviets, todavía dominado por los moderados, persistió en la política suicida de coalición. Contra los votos de los bolcheviques y parte de los mencheviques-internacionalistas, adoptó una resolución de aprobación de la coalición: “1.- Que bajo las condiciones creadas como resultado de la primera crisis ministerial, el paso de todo el poder a los elementos burgueses sería un golpe a la causa de la revolución; 2.- Que la transferencia de todo poder a los sóviets de diputados obreros y soldados en el momento presente de la revolución rusa, debilitaría en gran medida su poder al alejarse prematuramente de sus elementos que aún son capaces de servir a la revolución y amenazaría con su ruina. Después de expresar “plena confianza” en los “camaradas ministros”, la resolución sigue:

“El congreso hace un llamamiento al Gobierno Provisional para que ponga en práctica de manera más resuelta y consecuente la plataforma democrática adoptada por él y, en particular: (a) esforzarse constantemente para lograr la paz más rápida sin anexiones ni indemnizaciones, sobre la base de autodeterminación de las nacionalidades; (b) llevar a cabo una mayor democratización del ejército y fortalecer su poder de lucha; (c) emprender, con la participación directa de las masas trabajadoras, las medidas más enérgicas para combatir las perturbaciones económico-financieras y la desorganización del suministro de alimentos producidas por la guerra y agudizadas por

la política de las clases propietarias; (d) llevar a cabo una lucha sistemática y resuelta contra los intentos contrarrevolucionarios; (e) lograr la realización más rápida de las medidas que afectan a las cuestiones de la tierra y el trabajo, de acuerdo con las demandas de las masas trabajadoras organizadas y dictadas por los intereses vitales de la economía pública, muy debilitados por la guerra; (f) ayudar en la organización de todas las fuerzas de la democracia revolucionaria mediante reformas rápidas y radicales en los sistemas de gobierno local y autonomía sobre una base democrática, y la más rápida introducción de los zemstvos y la autonomía municipal, donde todavía no haya ninguno; (g) particularmente el congreso exige la convocatoria más rápida de la Asamblea Constituyente de toda Rusia”.

En esta resolución solamente había una demanda que podría ser aceptada, de forma sincera y con entusiasmo, por el Gobierno Provisional: la exigencia de fortalecer el poder de combate del ejército. El resto del programa fue sabotado persistente y sistemáticamente por el gobierno: era un programa que solo podía ser introducido por un gobierno soviético. Impulsados por la coalición, temerosos de la audacia y el poder revolucionarios, los sóviets fueron dirigidos por la mayoría moderada hacia la estéril política de palabras y demandas. Pero la reacción tomaba nota, y se preparó para el día en que pudiese apartar a los sóviets, incluso no despectivamente con las palabras sino derrocándolos por completo.

La actitud del Congreso Panruso de los Sóviets ni solucionó ni resolvió nada. La respuesta a la política de vacilación fue dada por la revuelta en Sebastopol, donde los marineros depusieron al almirante Kolchak, comandante de la Flota del Mar Negro, y por las manifestaciones en Viborg, que gritaban: “¡Abajo los capitalistas! ¡Larga vida a la República Social!”

Pero fueron las masas de Petrogrado las que dieron la respuesta real a la política de vacilación, una respuesta sintomática de la creciente división entre las masas y la vacilante mayoría en los sóviets. Fue una respuesta que caracterizó igualmente la impaciencia revolucionaria de las masas y el carácter contrarrevolucionario de los moderados de los sóviets. Las masas de Petrogrado, conscientes de la tendencia contrarrevolucionaria de los acontecimientos, disgustadas con la política de vacilación, decidieron el 18 de junio una demostración formidable. El Congreso Panruso de los Sóviets se unió con el Gobierno Provisional contra la manifestación propuesta. El gobierno colocó pancartas en las que se pedía a las personas que mantuvieran la calma y declaraban que cualquier intento de violencia sería reprimido. El congreso hizo una declaración en contra de la manifestación para expresar la actitud y los propósitos de las masas, y envió delegados a todos los distritos de las fábricas para contrarrestar la agitación de los bolcheviques y evitar la manifestación. Tsereteli acusó a los bolcheviques de intenciones de derrocar al gobierno por la fuerza armada. Tsereteli se había vuelto definitivamente contrarrevolucionario, se había constituido en el guardián de un gobierno que traicionaba las esperanzas de las masas, se había convertido en un oficial mecánico que forjaba grilletes con los que encadenar la acción de las masas. ¡Derrocar al gobierno por la fuerza armada! ¿No es este un método de revolución? ¿Qué acusación, qué terrible incitación, viniendo de un revolucionario que había aplaudido a la fuerza armada que derrocó al zarismo!

El propio Congreso Panruso de los Sóviets emitió la siguiente apelación contra la manifestación propuesta:

“¡Camarada, soldado y obrero! El Partido Bolchevique te está llamando a salir a la calle.

Esta apelación se realiza sin el conocimiento del Sóviet de Diputados Obreros y Soldados, el Congreso Panruso de los Sóviets o todos los partidos socialistas. Resuena

justamente en el momento de peligro supremo cuando el Congreso Panruso de los Sóviets ha pedido a nuestros camaradas, los trabajadores del distrito de Viborg, que recuerden que las manifestaciones en estos días pueden dañar la causa de la revolución.

En este momento de peligro, se te llama a las calles para exigir el derrocamiento del Gobierno Provisional, al cual el Congreso Panruso de los Sóviets acaba de considerar necesario brindar su apoyo.

Y aquellos que te están llamando no pueden sino saber que de tu propia demostración pacífica puede surgir el caos y el derramamiento de sangre.

Conociendo tu devoción a la causa de la revolución, te decimos: estás siendo llamado a una manifestación a favor de la revolución, pero sabemos que los contrarrevolucionarios quieren aprovecharla. Sabemos que los contrarrevolucionarios esperan ansiosamente el momento en que se desarrolle la lucha en las filas de la democracia revolucionaria y les permita aplastar a la revolución.

¡Camarada! en nombre de todos los sóviets de delegados obreros y soldados, en nombre del Sóviet de Delegados Campesinos, en nombre del ejército en acción y los partidos socialistas, te decimos: ni una sola división, ni un solo regimiento, ni un solo grupo de trabajadores debe salir a la calle mañana. Hoy no debería realizarse ni una sola manifestación.”

Como en los tormentosos días del 2 y 3 de mayo, la mayoría moderada en los sóviets restringió y encadenó la acción de las masas. Con la oposición del gobierno, con la oposición de los sóviets, aún sin darse cuenta de su poderosa fuerza, las masas de Petrogrado abandonaron la demostración propuesta.

La declaración del congreso contra la manifestación decía que se la había convocado sin consultar a los otros partidos y sin la sanción de los sóviets. Precisamente esta circunstancia es lo que es importante: la lucha revolucionaria era ahora definitivamente y fundamentalmente una lucha entre el ala derecha e izquierda de la revolución, entre los moderados y los radicales en los sóviets. El problema de la revolución no era derrocar al Gobierno Provisional sino derrocar la dominación de los moderados en los sóviets asegurando la adhesión de las masas a un programa revolucionario. El Gobierno Provisional se colapsaría inmediatamente, y por sí mismo, en el momento en el que los radicales se aseguraran el control de los sóviets, ya que los moderados en los sóviets solo sostenían al gobierno.

Todos estos acontecimientos de junio actuaron para animar al Gobierno Provisional, especialmente porque el Congreso Panruso de los Sóviets había decidido a favor de un enjuiciamiento enérgico de la guerra y había declarado que “la cuestión de una ofensiva debe decidirse exclusivamente desde el punto de vista puramente de consideraciones militares y estratégicas.” Kerensky como Ministro de Guerra hizo todos los preparativos necesarios, y el 1 de julio se lanzó la ofensiva contra las líneas austro-alemanas en Gahela. La ofensiva fue temporalmente exitosa, pero luego vinieron los contraataques del enemigo y la ofensiva resultó sofocada por su propia insuficiencia. La ofensiva fue una deplorable aventura militar; dadas las circunstancias, fue puro asesinato de los soldados rusos, que no estaban preparados. A pesar de la declaración del Congreso Panruso de los Sóviets de que la ofensiva era “puramente militar y estratégica”, la ofensiva del 1 de julio estaba determinada por consideraciones políticas. Fue una maniobra para restablecer la “disciplina” en el ejército, para atacar a la oposición revolucionaria y fortalecer al mismo tiempo al Gobierno Provisional. Además, estaba determinada por consideraciones diplomáticas: las relaciones entre Rusia y los Aliados estaban siendo tensas por la aparente negativa de Rusia a luchar. La presión de los Aliados y la necesidad de asegurar su ayuda financiera determinaron la inauguración de la ofensiva. El órgano bolchevique *Pravda* denunció abiertamente ese

carácter ofensivo. Y, sin duda, el Gobierno Provisional estaba en un callejón sin salida, debido a su política burguesa e imperialista.

Los resultados políticos de la ofensiva fueron importantes. El 18 de julio, el Comité Ejecutivo del Sóviet Panruso de Delegados Obreros, Soldados y Campesinos aprobó la ofensiva. La reacción se fortaleció y los moderados y el gobierno se soldaron de forma más completa y reaccionaria. El 15 de julio estalló una crisis ministerial que provocó la renuncia de cinco miembros cadetes del gabinete a causa de la cuestión de la autonomía ucraniana. Esto fue un desafío para los sóviets y un repudio a la política liberal del gobierno.

Pero, simultáneamente, las masas se despertaron, decididas a actuar para defender la revolución. La tendencia de los acontecimientos era definitivamente contrarrevolucionaria como para ser aceptada silenciosamente. Y de nuevo las masas de Petrogrado, siempre activamente agresivas, se decidieron a actuar. El 15 de julio, el gobierno ordenó el Regimiento de Ametralladoras de Petrogrado marchar al frente; se negó a ir, declarando que no lucharía por el imperialismo anglofrancés, y que solamente obedecería si el gobierno publicaba sus tratados secretos. Otros dos regimientos actuaron de manera similar. Se acordó y organizó una manifestación para el 17 de julio. Todos los partidos, incluidos los bolcheviques, trataron de evitar la manifestación, los bolcheviques porque sabían que las bandas contrarrevolucionarias estaban preparadas para provocar un enfrentamiento que, dadas las condiciones, consideraban prematuro. El Comité Ejecutivo Panruso de los Sóviets emitió una proclama contra la manifestación, mencionando que varios destacamentos de soldados habían exigido que se “tomara todo el poder”. Pero la determinación de las masas, los obreros y los soldados, era inflexible, y a pesar de toda la oposición fue acordada una manifestación armada, además, símbolo de su propósito de usar la fuerza si una manifestación pacífica no tenía éxito. Los bolcheviques, al darse cuenta de la fuerza de los sentimientos de las masas, participaron en la manifestación como el partido de las masas revolucionarias. Como se anticipó, la manifestación pacífica se convirtió en un levantamiento armado por la interferencia armada y la provocación de las fuerzas contrarrevolucionarias, y después de dos días de salvaje lucha, el levantamiento fue aplastado por medio de cosacos y un gran número de tropas de confianza. Se produjo un verdadero reinado contrarrevolucionario del terror. Los mencheviques y los socialistas revolucionarios cooperaron activamente con el gobierno para encarcelar a los bolcheviques y desarmar a las masas, estableciendo un “orden revolucionario” aplastando al ala izquierda de la revolución. Sin embargo, este formidable levantamiento, y a pesar de su derrota, fue lejos para preservar la revolución y dinamizar la moral de las masas: su derrota allanó el camino para el derrocamiento de los moderados en los sóviets, que se produjo completamente unos meses más tarde.

Los acontecimientos habían demostrado la necesidad de la remodelación ministerial, y el 20 de julio el príncipe Lvov renunció como primer ministro, Kerensky fue nombrado nuevo ministro, pero conservando su cartera como Ministro de Guerra y Marina. El 20 de julio, Kerensky emitió una proclama al ejército y la armada, acusando a los marineros de Kronstadt y a la Flota del Báltico de ser herramientas de “agentes y provocadores alemanes”, y ordenó:

“1. El Comité Central de la Flota Báltica se disolverá inmediatamente, se elegirá uno nuevo en su lugar.

2. Comunicar a todas las tripulaciones y buques de la Flota Báltica que les pido inmediatamente que retiren de entre ellos a las personas sospechosas que incitan a la desobediencia al Gobierno Provisional y agitan en contra de una ofensiva, y que las trasladen para su investigación y juicio a Petrogrado.

3. A las tripulaciones de Kronstadt y los navíos de la línea, *Petropavlovsk*, *Republica* y *Slava*, cuyo honor está manchado por actos y resoluciones contrarrevolucionarios: ordeno el arresto dentro en 24 horas de todos los líderes y que sean enviados para su investigación y juicio a Petrogrado, y que se les ordené que garanticen la total obediencia al Gobierno Provisional. Declaro a las tripulaciones de Kronstadt y de los buques mencionados que, en caso de incumplimiento de mi presente orden, serán declarados traidores al país y a la revolución y que se tomarán las medidas más resueltas contra ellos”.

Este fue el primer acto del Primer Ministro “revolucionario” Kerensky, un acto dirigido contra los marineros valientes y revolucionarios de Kronstadt y la Flota Báltica, que habían sido los factores más activos en la primera etapa de la revolución y en su curso posterior, y a los que ahora se denunciaba porque se adherían al programa revolucionario de “todo el poder a los sóviets”. El 25 de julio, el Comité Ejecutivo Panruso de los Sóviets adoptó una resolución, 300 contra 11, insinuando que Lenin y Zinóviev habían recibido dinero de fuentes alemanas y exigiendo que los bolcheviques repudiasen a sus líderes. Se emitió una orden para el arresto de Lenin, quien se ocultó; cientos de bolcheviques fueron encarcelados⁴.

El 3 de agosto hubo una nueva crisis ministerial, el Ministro de Agricultura Chernov renunció, y el 7 de agosto el Primer Ministro Kerensky anunció el nuevo gabinete, incluyendo a Chernov y representantes de los cadetes, quienes aceptaron participar en el nuevo gobierno.

La renuncia de los cadetes del gabinete el 15 de julio, y del príncipe Lvov el 20 de julio, fue una maniobra ofensiva contra los sóviets, un intento de empujar el poder sobre los sóviets, que los cadetes sabían muy bien que éstos rechazarían. El primer ministro Kerensky hizo las paces con los cadetes por medio de concesiones, y la consecuencia de estas concesiones fue un cambio definitivo hacia la derecha por parte del nuevo gobierno y la adopción de una política general consistente para la reacción. El 22 de julio, el Comité Ejecutivo Panruso de los Sóviets proclamó que el gobierno de Kerensky era “el gobierno de Salvación Nacional” y declaró: “Que se otorguen poderes ilimitados al gobierno para restablecer la organización y disciplina del ejército por una lucha hasta el final contra los enemigos del orden público y para la realización de todo el programa del gobierno”. La dictadura fue utilizada contra “los enemigos del orden público”, con entusiasmo, rigor y sistemáticamente; pero la “realización de todo el programa” seguía siendo cosa del futuro. Se reintrodujo la pena de muerte en el ejército. En los hechos, la dictadura fue una dictadura contrarrevolucionaria. Pero, ¿de quién era la dictadura? La debilidad fatal de todo el régimen fue que estaba basado en el compromiso, que detrás de él no había una clase capaz de sostener una dictadura; y la consecuencia inevitable de ello fue la creación de una situación en la que un individuo se convertiría en dictador, o todo el sistema colapsaría. Kerensky intentó convertirse en dictador; ensayó el papel de Bonaparte, pero ni siquiera era un mediocre Napoleón el

⁴ Trotsky no estaba directamente afiliado a los bolcheviques, y se aprovechó este hecho para crear disensión entre la oposición revolucionaria. Después de que se emitió la orden para el arresto de Lenin y otros, Trotsky, en una carta abierta al Ministerio, declaró: “Mis principios son los mismos que los de Lenin, Zinóviev y Kámenev. y siempre defendí públicamente estos principios en mi periódico *Vperiod* y en todos mis discursos. El hecho de que no pertenezco al *Pravda* y la organización de los bolcheviques no es el resultado de las diferencias en política, sino que está causado por circunstancias que dividieron a las partes en el pasado, pero que han perdido en el presente todo significado. Lo que he dicho aquí muestra claramente que no hay ninguna razón lógica para omitirme de la orden de arrestar a Zinóviev, Lenin y Kámenev, cuyo arresto es solo el resultado del despotismo contrarrevolucionario”. Esta carta fue publicada en *Pravda* como una expresión de solidaridad.

Grande, simplemente una lamentable imitación teatral de Napoleón el Pequeño⁵. Kerensky habló, echó humo y amenazó, mientras la burguesía esperaba pacientemente el momento en que pudiera entrar y asumir todo el poder. La crisis interna se hizo aún más aguda, la desintegración estaba al orden del día. Kerensky derramó la dorada inundación de su elocuencia sobre la masa de miseria y opresión; pero la inundación no borró los sufrimientos de las masas ni las tramas contrarrevolucionarias de la burguesía.

La reacción tendría su día. La Conferencia de Moscú, la caída de Riga, la rebelión de Kornilov-Kerensky, el “Conferencia Democrática” reaccionaria, y a través de todas estas reacciones se expresó en una última lucha desesperada y espasmódica: y todo este tiempo las masas preparaban la final acción y la victoria.

⁵ Ver en estas [EIS ¿Y ahora qué?](#) de Trotsky.

La paz y la reacción⁶

Junio de 1917

El 3 de marzo de 1916, en la sesión de la Duma, M. Miliukov respondía de esta guisa a una crítica de la izquierda: “No estoy seguro de que el gobierno esté a punto de llevarnos a la derrota, pero de lo que sí estoy seguro es de que una revolución en Rusia nos llevaría a ella, sin lugar a dudas, y que nuestros enemigos tienen razón, por tanto, en desearla. Si se me dijese que organizar a Rusia para la victoria equivale a organizarla para la revolución, respondería: mientras dure la guerra, vale más dejarla en el estado de desorganización en el que se encuentra.” Esta cita es interesante desde dos puntos de vista. No prueba solamente que, todavía en el año pasado, M. Miliukov consideraba que los intereses alemanes estaban tras toda revolución, fuese la que fuese, y no solamente la de los internacionalistas, sino también que es la expresión característica de un calumniador liberal. La predicción de M. Miliukov es muy interesante: “Sé que una revolución en Rusia nos llevará sin lugar a dudas a la derrota.” ¿Por qué tal certeza? En tanto que historiador, M. Miliukov debe saber que ha habido revoluciones que han llevado a la victoria. Pero en tanto que hombre de estado imperialista, M. Miliukov no puede ignorar que la idea de conquistar Constantinopla, Armenia y Galicia es incapaz de suscitar el entusiasmo de las masas revolucionarias. M. Miliukov sentía e incluso sabía que en su guerra la revolución no podía llevar a la victoria.

Cuando estalló la revolución, M. Miliukov trató enseguida, evidentemente, de uncirla al carro del imperialismo aliado. Por ello fue acogido con éxtasis por los sonoros y metálicos tintineos de todas las cajas fuertes de Londres, París y Nueva York. Pero este tintineo chocó con la resistencia casi instintiva de los obreros y soldados. M. Miliukov ha sido expulsado del gobierno; seguramente para él la revolución no fue sinónimo de victoria⁷.

Miliukov partió pero la guerra continuaba. Se formó un gobierno de coalición compuesto de demócratas pequeñoburgueses y de representantes de la burguesía que hasta ese momento habían retraído sus garras imperialistas. Puede que esta coalición no haya revelado en ninguna parte mejor su carácter contrarrevolucionario que en el dominio de la política internacional, es decir ante todo en el de la guerra. La gran burguesía ha enviado a sus representantes al gobierno para defender en él la idea de “una ofensiva en el frente y una fidelidad inalterable hacia nuestros aliados” (resolución del congreso del partido cadete). Los demócratas pequeñoburgueses, que se bautizan como “socialistas”, han entrado en el gobierno para, “sin aislarse” de la gran burguesía y sus aliados imperialistas, terminar la guerra lo más rápidamente posible y de la forma menos mala posible para todos los beligerantes: sin anexiones, sin indemnizaciones ni tributos e, incluso, con la garantía de la autodeterminación nacional.

⁶ Tomado de *La paz y la reacción*, en *Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov*.

⁷ El 1 de mayo, Miliukov, ministro de asuntos extranjeros, abordó en una nota a los gobiernos aliados honrar los compromisos del régimen zarista en materia de política extranjera. Ello provocó manifestaciones de protesta y enfrentamientos callejeros. Fue expulsado del gobierno y reemplazado por Tseretelli, hasta entonces ministro de finanzas. El 18 de mayo se formó un gobierno de coalición con la participación de los socialistas. Lvov siguió siendo primer ministro, Kerensky se convertía en ministro de la guerra. [EMaspero]

Los ministros capitalistas han renunciado a las anexiones esperando días mejores. A cambio de esta concesión puramente verbal han obtenido de sus colegas demócratas pequeñoburgueses la promesa firme de no desertar del campo de los Aliados, reforzar al ejército y hacerlo capaz de retomar la ofensiva. Renunciando (momentáneamente) a Constantinopla, los imperialistas hacen un insignificante sacrificio en la medida en que, tras tres años de guerra, la ruta hacia Constantinopla no ha encontrado atajo sino que se alarga. Pero los demócratas, a cambio de esta renuncia completamente platónica a una muy hipotética Constantinopla por parte de los liberales, han asumido toda la herencia del gobierno zarista, han reconocido todos los tratados firmados por ese gobierno y han puesto toda la autoridad y el prestigio de la revolución al servicio de la disciplina y de la ofensiva. Para los “líderes” de la revolución ello implicaba en primer lugar la renuncia a cualquier policía internacional independiente, y esta conclusión le pareció absolutamente natural al partido pequeñoburgués que, desde el mismo momento en que tuvo mayoría, abandonó voluntariamente todo el poder que detentaba. Habiendo encargado al príncipe Lvov crear una administración revolucionaria, a Shingarev poner en pie las finanzas de la revolución y a Konovalov organizar la industria, la democracia pequeñoburguesa no podía hacer otra cosa más que dejar al cuidado de MM. Ribot, Lloyd George y Wilson la defensa de los intereses de la Rusia revolucionaria.

Aunque en su fase actual la revolución no haya cambiado el carácter de la guerra no por ello ha dejado de ejercer una profunda influencia sobre el agente activo de la guerra, es decir sobre el ejército. El soldado ha comenzado a preguntarse por qué derrama su sangre, a la que le da ahora más valor que bajo el zarismo. E, inmediatamente, la cuestión de los tratados secretos se ha planteado de forma imperativa. Volver a poner al ejército en condiciones de batirse significaba romper la resistencia democráticamente revolucionaria de los soldados, volver a adormecer su conciencia despertada desde hace poco y, hasta que se anuncie la “revisión” de los antiguos tratados, colocar al ejército revolucionario al servicio de los objetivos del antiguo régimen. Esta tarea era demasiado pesada para el octubrista-borbónico⁸ Guchkov, y lo aplastó. Para realizarla no se precisaba nada mejor que a un “socialista”. Y se lo encontró en la persona del “más popular” de los ministros, Kerensky.

El ciudadano Kerensky ha expuesto su bagaje teórico en una de las primeras sesiones del Congreso Panruso. Es difícil imaginar alguna cosa más insípida que sus perogrulladas provincianas y pedantes sobre la Revolución Francesa y el marxismo. Las fórmulas políticas del ciudadano Kerensky no se caracterizan ni por la originalidad ni por la profundidad. Pero posee indiscutiblemente el talento de adornar la reacción más filisteica con las florituras revolucionarias de rigor. En Kerensky se reconocía *a sí misma* la burguesía inteligente y semiinteligente bajo una forma más “presentable” y con decorados que no son los de todos los días pero que tienen todo el aparato, toda la pompa, del melodrama.

Explotando a fondo su popularidad para acelerar la preparación de la ofensiva (en todo el frente imperialista de los Aliados), Kerensky se convierte de forma natural en el favorito de las clases poseedoras. No solamente Tereshchenko, ministro de asuntos exteriores, está de acuerdo con la alta estima en que tienen nuestros Aliados los “esfuerzos” de Kerensky, no solamente es que *Riech*, que critica tan severamente a los ministros de izquierda, no se cansa de felicitar al ministro del ejército y de la marina Kerensky, sino que incluso Rodzianko considera su deber señalar “las nobles y patrióticas tareas” en la que está inmerso nuestro ministro del ejército y la marina,

⁸ Octubrista: partido monárquico y proimperialista que apoyaba el “Manifiesto del zar” de octubre de 1905; dirigido por Guchkov. [E.Maspero]

Kerensky: “Este joven hombre [para citar a Rodzianko, presidente octubrista de la Duma] resucita cada vez con un vigor redoblado, para el mayor bien de su país y del trabajo constructivo.” Circunstancia gloriosa que no le impide a Rodzianko, sin embargo, esperar que una vez que el “trabajo constructivo” de Kerensky haya alcanzado el nivel conveniente puedan sucederle los esfuerzos de Guchkov.

Durante ese tiempo, el ministerio de asuntos extranjeros de Tereshchenko se esfuerza en persuadir a los Aliados para que sacrifiquen sus apetitos imperialistas en el altar de la democracia revolucionaria. ¡Es difícil imaginar empresa más infructuosa y, a pesar de su trágico y humillante carácter, más ridícula que ésta! Cuando Tereshchenko, siguiendo el estilo de un editorialista de diarios de provincias del género democrático, intentó explicar a los empedernidos jefes del pillaje internacional que la revolución rusa era verdaderamente “un movimiento intelectual pujante, que expresa la voluntad del pueblo ruso en su lucha a favor de la igualdad [...]”, etc., cuando, además, aquél “no duda” de que “una estrecha unión entre Rusia y sus aliados [*los empedernidos jefes del pillaje internacional*] asegurará de la forma más completa posible un acuerdo en todas las cuestiones que están en juego en la principios proclamados por la revolución rusa”, es difícil desembarazarse de una sensación de asco ante tal mezcolanza de impotencia, hipocresía y estupidez.

Parece ser que, en ese documento de Tereshchenko, la burguesía se ha reservado todos los pasajes decisivos: “fidelidad inalterable a la causa de los Aliados”, “inviolabilidad de la promesa de no firmar una paz por separado” y aplazamiento de la revisión de los objetivos de guerra a “un momento favorable”, que se traduce en pedirle al soldado ruso que siga derramando su sangre por dichos objetivos de guerra imperialista (que parecen ser, precisamente, tan poco oportunos de publicar, tan poco oportunos de revisar) hasta que llegue el “momento favorable” Todo el horizonte político de Tsereteli se revela en la fatua complacencia con la que llama la atención del Congreso Panruso sobre ese documento diplomático que contiene, según él, “palabras claras y francas, en el lenguaje de un gobierno revolucionario, sobre los objetivos de la revolución rusa”. Una cosa no puede negarse: los llamamientos cobardes e impotentes dirigidos a Lloyd George y a Wilson están redactados en los mismos términos que los del Comité Ejecutivo de los Soviets a Albert Thomas, Scheidemann y Henderson. A lo largo de ambos textos se encuentra una identidad de objetivos y (¿quién sabe?) puede que incluso una identidad de autor⁹.

En un lugar a primera vista inesperado puede encontrarse una perfecta apreciación de todas esas últimas notas diplomáticas del tándem Tereshchenko-Tsereteli: *L'Entente*, diario publicado en francés en Petrogrado y órgano, precisamente,

⁹ Al principio de la revolución los moderados de los soviets lanzaron un llamamiento, a través del comité ejecutivo, a los socialistas y al proletariado de los países beligerantes para que rompiesen con sus gobiernos imperialistas; pero poco a poco se abandonó esta política revolucionaria y el comité ejecutivo participó en la vergonzosa reunión de los socialpatriotas de Estocolmo, a pesar de las protestas de los bolcheviques. Para señalar el carácter no revolucionario del comité ejecutivo es suficiente con decir que colaboró con Scheideman, Albert Thomas (Francia), Henderson (Inglaterra) y otros socialpatriotas. El socialismo moderado actuó como el viajante de la diplomacia burguesa. Uno de los documentos secretos publicados tras la subida al poder de los bolcheviques muestra el verdadero carácter de la Conferencia de Estocolmo, con la que, sea dicho de pasada, los socialistas independientes de Alemania rehusaron tratar: se trata de un telegrama fechado el 18 de agosto, dirigido por el embajador de Rusia en Estocolmo al gobierno provisional y que informa de una conversación con Branting, uno de los organizadores socialpatriotas de la conferencia. Éste declaró que estaba dispuesto a abandonar la conferencia si Kerensky la juzgaba no oportuna y que usaría toda su influencia sobre el comité escandinavoholandés para lograrlo. El telegrama acababa pidiendo se guardase secreto sobre esta conversación a fin de no comprometer a Branting pues, si no, se perdería una importante fuente de información. ¡La conferencia socialista, útil complaciente de la diplomacia! [Nota de Luis C. Fraina, 1918]

de esos Aliados a los que Tereshchenko y Chernov juran una “inquebrantable lealtad”. “Admitimos de buena gana [dice ese diario] que en los medios diplomáticos la publicación de esta nota se esperaba con cierta inquietud”. De hecho, no es fácil, como lo admite ese órgano oficial, encontrar una fórmula que concilie los objetivos contradictorios de los Aliados. “En lo tocante a Rusia, en particular, la posición del gobierno provisional era muy delicada y plena de peligros. Por una parte, era obligatorio tener en cuenta el punto de vista del consejo de delegados obreros y soldados y, en la medida de lo posible, representar ese punto de vista; por otra parte, era preciso manejar las relaciones internacionales y a las potencias amigas, a las que era imposible imponerles la decisión del consejo.”

Y el gobierno provisional salió de esta prueba puro y sin mácula”

En el documento que tenemos delante de nuestros ojos tenemos pues los principales puntos del catecismo revolucionario incluidos, registrados y sellados por el gobierno provisional. No falta nada que sea esencial. Todos los bellos sueños, todas las bellas palabras del diccionario están correctamente utilizadas. Se encuentra en él la igualdad, la libertad y la justicia en las relaciones internacionales. *Todo está allí pues*¹⁰, al menos en las palabras. Ni el más rojo de los camaradas puede encontrar en él nada que objetar, el gobierno provisional no tiene nada que temer...

“Pero, ¿y los Aliados?”, pregunta *L'Entente*. “Si lo estudian atentamente y leen entre líneas (!) a la luz de la buena voluntad y de la amistad hacia la joven democracia rusa, los aliados podrán encontrar en diversos puntos de la nota... ciertos pasajes agradables que tienen por objeto reafirmar su confianza un poco vacilante. Saben bien que la posición del gobierno provisional no es del todo cómoda y que sus esfuerzos en prosa no deben tomarse demasiado al pie de la letra... La garantía fundamental que el gobierno le ofrece a los Aliados consiste en que... el acuerdo firmado en Londres el 5 de septiembre de 1914 (compromiso a no firmar una paz por separado) no debe revisarse. Por el momento, eso nos satisface completamente.”

Y también a nosotros. De hecho sería difícil emitir un juicio más despreciable sobre la “prosa” de Tereshchenko-Tsereteli que el publicado en el muy oficial *L'Entente*, que saca su inspiración de la embajada de Francia. Esta apreciación, que no es inamistosa en ningún caso con Tereshchenko o con quienes están tras él, descarga un golpe mortal a los “esfuerzos constructivos” de Tsereteli, que tan calurosamente nos ha recomendado el “lenguaje franco y abierto” de ese documento. “No se ha olvidado nada, jura ante el congreso, satisfacer la conciencia de los más rojos de los camaradas.”

Pero esos expertos en prosa diplomática se equivocan: no dejan satisfecho a nadie. ¿No es significativo que los acontecimientos de la vida real respondan a los llamamientos de Kerensky y a las reprimendas y amenazas de Tsereteli con un golpe tan terrible como la revuelta de los marinos del Mar Negro¹¹? Se nos había dicho que *allí*, entre los marinos, era donde estaba la ciudadela de Kerensky, el hogar del “patriotismo” que reclamaba la ofensiva. Los hechos, una vez más, han administrado un correctivo sin piedad. Adoptando en política extranjera la posición de los antiguos acuerdos imperialistas y capitulando en el interior ante las clases poseedoras, era imposible unir al ejército mediante una combinación de entusiasmo revolucionario y disciplina. Y, afortunadamente, el “gran bastón” de Kerensky ha demostrado ser demasiado corto.

No, es seguro que por este camino no vamos a ninguna parte.

¹⁰ En el texto original en francés “*Donc tout y est*”. [E.Maspero]

¹¹ A partir del 19 de junio de 1917 se produjeron revueltas en la flota del Mar Negro. Kolchak fue depuesto y, bajo la influencia de los bolcheviques, los marinos eligieron a sus propios jefes. [E.Maspero]

La farsa del doble poder¹²

3 de junio de 1917

Las condiciones de la guerra deforman y obscurecen la acción de las fuerzas internas de la revolución. Pero no por ello su curso quedará menos determinado por esas mismas fuerzas internas, es decir por las clases.

La revolución, que desde 1912 está en ascenso, vio en un primer momento cómo su impulso lo rompía la guerra, pero, a continuación, gracias a la intervención heroica de un ejército exasperado, se ha acelerado con una combatividad sin precedentes. La capacidad de resistencia del antiguo régimen había resultado minada definitivamente por el desarrollo de la guerra. Los partidos políticos que deberían jugar el papel de mediadores entre la monarquía y el pueblo se encontraron de golpe suspendidos en el aire a causa del formidable impulso venido de abajo, y se vieron obligados en el último momento a dar el peligroso salto hacia las orillas seguras de la revolución. Ello le confirió a la revolución durante un tiempo la apariencia externa de una perfecta armonía nacional. Por primera vez en toda su historia, el liberalismo burgués se sintió “ligado” a las masas (y eso le iba a ofrecer la idea de utilizar el espíritu revolucionario “universal” al servicio de la guerra).

No cambiaron ni las condiciones, ni los objetivos, ni los participantes en la guerra. Guchkov y Miliukov, los miembros más abiertamente proimperialistas del equipo político del antiguo régimen, eran ahora los dueños de los destinos de la Rusia revolucionaria. Naturalmente que la guerra, cuya naturaleza se mantenía fundamentalmente siendo la misma que bajo el zarismo (contra el mismo enemigo, con los mismos aliados, con los mismos compromisos internacionales), se tenía que transformar ahora en una “guerra por la revolución”. Para los capitalistas eso equivalía a movilizar a la revolución, con todas las fuerzas y pasiones que ésta había estimulado, al servicio del imperialismo. Los Miliukov consintieron magnánimamente en calificar al “trapo rojo” como emblema sagrado (con la condición de que las masas trabajadoras se mostrasen dispuestas a morir felizmente bajo el trapo rojo por Constantinopla y los estrechos.

Pero el pie bifurcado imperialista de Miliukov sobresalía de forma demasiado clara. Para ganar a las masas y canalizar su energía revolucionaria hacia una ofensiva en el frente externo, se necesitaban métodos más elaborados y, por encima de todo, se necesitaban nuevos partidos políticos, cuyos programas todavía no estuviesen comprometidos y cuya reputación aún no estuviese empañada.

Se encontraron. En los años de contrarrevolución, en particular durante el último boom industrial, el capital había sometido y domado intelectualmente a varios miles de revolucionarios de 1905, sin preocuparse por sus “nociones” laboristas o marxistas. Y entre los intelectuales “socialistas” aparecieron bastantes grupos ardiendo en deseos de participar en la represión de las luchas sociales y en la preparación de las masas para los objetivos “patrióticos”. Hombro con hombro con la intelligentsia (convertida en vedet en la época de la contrarrevolución, estaban los fabricantes de soluciones, que se habían

¹² Tomado de *La farsa del doble poder*, en [Trotsky inédito en internet y en castellano](#) – Edicions Internacionals Sedov.

aterrorizado definitivamente con el fracaso de la revolución de 1905, y que desde entonces habían cultivado un solo y único talento: resultar agradables a todo el mundo.

Mucho antes de la revolución, la oposición de la burguesía al zarismo (sobre una base imperialista, sin embargo) ya había suministrado la base necesaria para un acercamiento entre socialistas oportunistas y clases poseedoras. Kerensky y Cheidse concibieron en la Duma su política como un anexo al bloque progresista, y los Gvozdiev y Bogdanov lo hicieron en los comités de la industria de guerra. Pero la existencia del zarismo hacía muy difícil la defensa abierta del patriotismo “gubernamental”. La revolución derribó todos los obstáculos de ese tipo. La capitulación ante los partidos capitalista se llamó, de ahí en adelante, “unidad democrática”, la disciplina del estado burgués se transformó a menudo en “disciplina revolucionaria” y, para acabar, la participación en una guerra imperialista fue considerada como la defensa de la revolución contra una derrota exterior.

Esta intelligentsia nacionalista (que fue predicha, llamada y entrenada por el socialpatriota Struve en su diario *Vyeji*) encontró a menudo un inesperado y generoso apoyo en la debilidad de los sectores más atrasados del pueblo que habían sido organizados a la fuerza para constituir el ejército.

Gracias únicamente a que la revolución estalló durante una guerra, los elementos pequeñoburgueses de la ciudad y del campo adquirieron automáticamente la apariencia de una fuerza organizada, y comenzaron a ejercer sobre los miembros del consejo de delegados obreros y soldados una influencia que sobrepasaba en mucho al poder que habrían tenido esas clases atomizadas y atrasadas bajo cualquier otra circunstancia. La intelligentsia menchevique-populista encontró en esa masa de provincianos atrasados, en su mayor parte todavía a penas despertados políticamente, un apoyo completamente natural al principio. Al llevar a las clases pequeñoburguesas a un acuerdo con el liberalismo burgués, que acababa de demostrar de nuevo con generosidad su incapacidad para guiar a las masas populares de forma independiente, la intelligentsia menchevique-populista adquirió, gracias a la presión de las masas, cierta influencia incluso entre las capas proletarias, momentáneamente relegadas a un segundo plano por la importancia numérica del ejército.

A primer vista se podría creer que todas las contradicciones de clase habían desaparecido, que toda la sociedad había sido revocada con trozos de ideología menchevique-populista y que, gracias a los “esfuerzos constructivos” de Kerensky, Cheidse y Dan, se había firmado una tregua nacional entre las clases. De ahí la sorpresa y el estupor sin igual cuando se afirmó de nuevo una política proletaria independiente; de ahí ese concierto de lamentaciones furiosas y, para decirlo todo, repugnantes contra los revolucionarios socialistas, destructores de la armonía universal.

Los intelectuales pequeñoburgueses, tras haber sido izados por el soviet de delegados obreros y soldados a alturas para las que no estaban preparados en absoluto, se vieron aterrorizados por encima de todo por la idea de responsabilidad y volvieron a poner respetuosamente su poder en manos del ministerio feudal-capitalista salido de la Duma del 3 de junio. El terror sagrado del pequeño burgués ante el poder de estado, muy evidente en el caso de los populistas (laboristas), en los mencheviques-patriotas se ocultaba tras consideraciones doctrinales sobre la imposibilidad de los socialistas para asumir el peso del poder en una revolución burguesa.

Así nació el “doble poder”, que se podría calificar más justamente de *doble impotencia*. La burguesía detentaba la autoridad en nombre del orden y de la guerra hasta la victoria; pero no podía gobernar sin los sóviets; estos últimos mantenían con el gobierno relaciones de semiconfianza respetuosa que se mezclaba con el miedo a que el proletariado revolucionario derribase todo ese bello edificio con un torpe gesto.

La política extranjera cínicamente provocadora de Miliukov llevó a una crisis. Consciente de la extensión del pánico entre las filas de los líderes pequeñoburgueses cuando se enfrentaban a los problemas del poder, el partido burgués comenzó a utilizar en ese dominio el chantaje puro y simple: amenazando con hacer la huelga del gobierno, es decir con dejar de participar en el poder, exigió que el sóviet le suministrase cierto número de floreros socialistas cuya función en el gabinete de coalición debía ser reforzar la confianza de las masas en el gobierno y, de esta forma, acabar con el “doble poder”.

Ante el ultimátum, los mencheviques-patriotas se apresuraron a abandonar sus últimos restos de prejuicios marxistas contra la participación en un gobierno burgués y arrastraron con ellos a los “líderes” laboristas del sóviet que, por su parte, no estaban obstaculizados por ninguna sobrecarga de principios o prejuicios. Esto resultaba particularmente claro en el caso de Chernov, que sólo volvió de las conferencias de Kienthal y Zimmerwald¹³ (en las que había excomulgado a Vandervelde, Guesde y Sembat) para entrar en el gobierno del príncipe Lvov y Chingariev. Por supuesto que los mencheviques-patriotas rusos señalaron que el ministerialismo ruso no tenía nada que ver con el ministerialismo francés o belga, ya que estaba producido por circunstancias muy excepcionales, previstas en la resolución contra el ministerialismo del Congreso de Ámsterdam (1904)¹⁴. Sin embargo, no hacían más que repetir como loros los argumentos de los ministerialistas franceses y belgas, invocando constantemente la “naturaleza excepcional de las circunstancias”. Kerensky, cuya verbosa teatralidad oculta, sin embargo, algunos trazos de pertinencia, clasificó en cuanto a él muy correctamente el ministerialismo ruso en la misma categoría que el de Europa occidental y declaró en su discurso de Helsingfors que sobre todo gracias a él los socialistas rusos habían andado, en dos meses, un camino que los socialistas de Europa occidental habían tardado dos años en hacer. ¡Marx tenía mucha razón cuando decía que la revolución es la locomotora de la historia! El gobierno de coalición estaba condenado por la historia antes incluso de su formación. Si se hubiera constituido inmediatamente tras la caída del zarismo, como expresión de la “unidad revolucionaria de la nación”, habría podido contener, durante algún tiempo, el enfrentamiento de las fuerzas de la revolución. Pero el primer gobierno fue el ministerio Guchov-Miliukov. Su existencia duró el suficiente tiempo para develar la inanidad de la “unidad nacional” y despertar la resistencia revolucionaria del proletariado ante las tentativas de la burguesía para prostituir la revolución a los intereses imperialistas. El gobierno de coalición, que aparecía manifiestamente como un remedio, no podía prevenir la catástrofe bajo esas condiciones; él mismo estaba destinado a convertirse en la principal manzana de la discordia, en la principal fuente de conflicto y divergencias entre las filas de la “democracia revolucionaria”. Su existencia política (pues no hablamos de sus “actividades”) no es más que una lenta agonía pudorosamente envuelta en cintas de palabras.

¹³ Del nombre de los pueblos suizos en los que se celebraron dos conferencias internacionales contra la guerra, los días 5-8 de septiembre de 1915 y 24-30 de abril de 1916. Tras la creación de la Internacional Comunista se disolvió la unión de Zimmerwald. [E.Maspero] [Ver en estas EIS, del mismo autor, *Conclusiones (a la publicación en Nache Slovo del Manifiesto de Zimmerwald)*, *Proyecto de manifiesto para la Conferencia de Kienthal*, y en *Cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos, resoluciones* “Declaración de los participantes en la Conferencia de Zimmerwald al I Congreso de la Internacional Comunista”, página 36. EIS]

¹⁴ Este congreso de la Segunda Internacional se celebró en agosto de 1904. Los socialdemócratas alemanes, con Bebel a la cabeza, lograron hacer pasar una resolución condenando la aceptación por los socialistas franceses de carteras en el gobierno burgués. [E.Maspero]

Para luchar contra la quiebra completa en el dominio económico, en particular en el del abastecimiento, la Comisión Económica del Comité Ejecutivo de los Sóviets elaboró un plan que debía extender la gestión estatal a las ramas industriales más importantes. Los miembros de la Comisión Económica diferían de los líderes políticos no tanto por sus tendencias políticas sino por un profundo conocimiento de la situación económica del país. Por ese motivo, justamente, llegaron a conclusiones de un carácter profundamente revolucionario. La única cosa que le faltaba a su organización era la fuerza motriz de una política revolucionaria. El gobierno capitalista en su mayor parte no podía alumbrar, evidentemente, un sistema diametralmente opuesto a los intereses egoístas de las clases poseedoras. Si Skobelev, el Ministro de Trabajo menchevique, no lo entendió, por el contrario esto lo entendió muy bien el serio y eficaz Konovalov, representante del comercio y de la industria.

La dimisión de Konovalov¹⁵ descargó un golpe fatal sobre el gobierno de coalición. Toda la prensa burguesa lo expresó claramente. Se volvió de nuevo a jugar con el terror pánico de los dirigentes del sóviet: la burguesía amenazó con abandonar el poder acabado de nacer ante su puerta. Los “dirigentes” respondieron haciendo creer que no había pasado nada de especial. Puesto que el representante serio del capital nos ha abandonado, invitamos a M. Burisjin. Pero Burisjin rechazó con obstinación participar en operaciones quirúrgicas a la propiedad privada. Entonces comenzó la búsqueda de un ministro de comercio y de industria “independiente”, un hombre que no tuviese tras de sí a nada ni a nadie, y que pudiese servir de buzón inofensivo para las reivindicaciones contradictorias del trabajo y del capital. Durante ese tiempo, los gastos continuaban con ímpetu y la actividad gubernamental consistía sobre todo en hacer funcionar la plancha de billetes, en imprimir asignados.

Teniendo por colegas y primogénitos a MM. Lvov y Chingariev, Chernov no pudo desplegar en las cuestiones agraria ni el radicalismo verbal tan característico de ese representante típico de la pequeña burguesía. Plenamente consciente del papel que se le había asignado, Chernov se presentó no como el representante de la revolución agraria sino ¡como el de las estadísticas agrícolas! Según la interpretación liberal burguesa, que los ministros adoptaron también, las masas tenían que suspender el proceso revolucionario y esperar pasivamente a la convocatoria de la Asamblea Constituyente, y, desde el momento en el que los socialistas-revolucionarios entraron en el gobierno de los propietarios terratenientes y de los industriales, los ataques de los campesinos contra el sistema agrícola feudal fueron estigmatizados como anarquía.

En política internacional el hundimiento de los “planes de paz” anunciados por el gobierno de coalición se produjo de forma mucho más rápida y catastrófica de lo esperado. M. Ribot, Primer Ministro francés, no solamente es que rechazó categóricamente y sin ceremonias el plan de paz ruso, reafirmando solemnemente al mismo tiempo la absoluta necesidad de proseguir la guerra hasta la “victoria total”, sino que, además, les negó a los socialpatriotas franceses sus pasaportes para la Conferencia de Estocolmo, que sin embargo se había preparado con la colaboración de los colegas y aliados de M. Ribot, los ministros socialistas rusos. El gobierno italiano, cuya política de conquista colonial siempre se ha distinguido por un inaudito cinismo, por un “egoísmo sagrado”, replicó a la fórmula de “paz sin anexiones” con la anexión por separado de Albania¹⁶. Nuestro gobierno, incluyendo a los ministros socialistas, bloqueó durante dos semanas la publicación de la respuesta de los Aliados, creyendo

¹⁵ Konovalov era Ministro de Comercio en el primer gobierno de coalición. Dimitió el 31 de mayo de 1917. [EMaspero]

¹⁶ Albania devino estado independiente a consecuencia de la derrota de Turquía en la primera guerra de los Balcanes (Tratado de Londres, 30 de mayo de 1913). Italia invadió Albania en 1914. [EMaspero]

evidentemente en la eficacia de expedientes tan miserables para evitar la bancarrota política. En resumidas cuentas, el problema de la situación internacional de Rusia, el problema de *saber por qué causa debería estar dispuesto a luchar y morir el soldado ruso*, se mantiene tan agudizado como lo estaba el mismo día en el que la cartera de Asuntos Extranjeros le fue arrancada a Miliukov.

En el Ministerio del Ejército y la Marina, que continúa otorgándose la parte del león en las energías y recursos nacionales, la política del verbo y la retórica reina sin reserva alguna. Pero las causas materiales y psicológicas del estado actual del ejército son demasiado profundas para solucionarse con la prosa y la poesía ministeriales. El reemplazo del general Alexeiev por el general Brusilov significa, sin duda alguna, un cambio para esos dos oficiales, pero ninguno para el ejército. La preparación del pueblo y del ejército para una “ofensiva”, después el repentino abandono de ese eslogan por el menos preciso de “preparación para una ofensiva” muestran que el Ministerio del Ejército y de la Marina sigue siendo tan incapaz de conducir a la nación a la victoria como lo fue el ministerio de M. Terechenko de llevarla a la paz.

La imagen de impotencia del Gobierno Provisional ha llegado a su apogeo con la actividad del Ministerio de Asuntos Extranjeros que, para emplear los términos de los delegados más leales del sóviet campesino, llena “con parcialidad” las oficinas de las administraciones locales de propietarios feudales. Los esfuerzos de la parte activa de la población, que llegó a obtener poder a nivel comunal por derecho de conquista y sin esperar a la Asamblea Constituyente, son tachados enseguida, en la jerga policial de los Dan, de “anarquía”, y encuentran la enérgica oposición del gobierno que, por su composición, es incapaz de cualquier acción enérgica verdaderamente creadora.

Durante los últimos días, esta política de bancarrota ha encontrado su expresión más nauseabunda en el incidente de Cronstadt¹⁷. La infame y vergonzosa campaña de la prensa burguesa contra Cronstadt, que para ella es el símbolo del internacionalismo revolucionario y la desconfianza hacia el gobierno de coalición (y, por tanto, de la política independiente de las amplias masas populares), no solamente se apoderó del gobierno y de los líderes del sóviet sino que, también, transformó a Tsereteli y Skovolev en jefes de fila de la vergonzosa represión contra los marinos, soldados y trabajadores de Cronstadt.

En el momento en el que el internacionalismo reemplazaba sistemáticamente al socialpatriotismo en la fábricas, en los talleres y entre los soldados del frente, los ministros socialistas, sometidos a sus dueños, se arriesgaban al juego de azar de destruir de un solo golpe a la vanguardia proletaria revolucionaria y de preparar así el “momento psicológico” para la apertura de la sesión del Congreso Panruso de los Sóviets. *Alinear a la democracia campesina pequeñoburguesa bajo la bandera del liberalismo burgués*, aliado y prisionero del capital anglofrancés y norteamericano, para *aislar políticamente y “disciplinar” al proletariado*: tal es, de ahora en adelante, la principal tarea a la que el bloque gubernamental de los mencheviques y de los social-revolucionarios consagra todas sus energías. Las cínicas amenazas de represión sangrienta y las provocaciones a la violencia abierta constituyen un elemento esencial de esta política.

¹⁷ A principios de junio, los marinos del Báltico y las masas de Cronstadt se levantaron contra el Gobierno Provisional; el epíteto más moderado utilizado contra ellos en la prensa rusa y extranjera fue el de “anarquistas”. El Sóviet de Cronstadt, con 210 votos contra 40, había desautorizado al Gobierno Provisional declarando que sólo reconocía la autoridad del Sóviet de Petrogrado. Esto fue deformado como tentativa de secesión. Los marinos del Báltico fueron una fuerza revolucionaria activa en todas las etapas de la revolución (contra el zarismo, contra el Gobierno Provisional y en el derrocamiento de Kerensky por los bolcheviques [Nota de Luis C. Fraina, 1918]).

La agonía del gobierno de coalición comenzó el mismo día de su nacimiento. Los revolucionarios deben hacer todo lo que esté en sus manos para impedir que esta agonía termine en las convulsiones de la guerra civil. La única forma de lograrlo no es con una política de sumisión y evasión, que no hace sino agudizar el apetito de los politicastros de dientes largos, sino mucho más bien con una política de ofensiva en toda la línea. No nos dejaremos aislar: tenemos que aislarlos a ellos. Tenemos que responder a las miserables y despreciables iniciativas del gobierno de coalición haciendo entender, incluso a los sectores más atrasados de las masas trabajadoras, el sentido de esta coalición que desfila bajo la máscara de la revolución. A los métodos de las clases poseedoras y de su apéndice menchevique-social-revolucionario, ya sea sobre el problema de los abastecimientos, de la industria, de la agricultura o de la guerra, tenemos que oponer los métodos del proletariado. Solamente de esta forma se puede aislar al liberalismo y ganar para el proletariado revolucionario una influencia decisiva sobre las masas urbanas y rurales. Al mismo tiempo que la caída inevitable del actual gobierno, se producirá la de los actuales líderes del sóviet de delegados obreros y soldados. La actual minoría del sóviet tiene ahora la posibilidad de preservar la autoridad del sóviet, en tanto que representante de la revolución, y asegurarle la continuación de sus funciones, en tanto que poder central. Esto se hará más claro cada día. El período de “doble impotencia”, con un gobierno que no puede y un sóviet que no se atreve, debe inevitablemente culminar en una crisis de una gravedad sin precedentes. Es nuestro deber tensar todas nuestras energías en previsión de esta crisis, de forma que el problema del poder se aborde con todas sus implicaciones.

El pacifismo, cipayo del imperialismo¹⁸

Mediado de junio de 1917

Nunca el mundo ha contado con tantos pacifistas, precisamente ahora que los hombres se matan entre ellos. Cada época histórica no solamente tiene sus técnicas y formas políticas propias, sino, también, su hipocresía específica. En determinado período, los pueblos se exterminaban mutuamente en nombre de las enseñanzas del cristianismo, del amor a la humanidad. En adelante únicamente los gobiernos más reaccionarios se acogen a Cristo. Las naciones progresistas se degüellan mutuamente en nombre del pacifismo. Wilson arrastra a los Estados Unidos a la guerra en nombre de la Liga de las Naciones y la paz perpetua. Kerensky y Tsereteli abogan por una nueva ofensiva pretendiendo que ésta acercará la paz.

Hoy en día carecemos cruelmente del verbo satírico y la indignación de Juvenal. Sea como sea, incluso las armas satíricas más corrosivas se muestran impotentes e ilusorias ante la alianza triunfante de la infamia y la servidumbre (dos elementos que, con esta guerra, se han desarrollado sin traba alguna).

El pacifismo pertenece al mismo linaje histórico que la democracia. La burguesía intentó realizar su gran obra histórica tratando de poner todas las relaciones humanas bajo la autoridad de la razón, y reemplazar las tradiciones ciegas y estúpidas por las herramientas del pensamiento crítico. Las ataduras que los gremios le anudaban a la producción, los privilegios que paralizaban a las instituciones políticas, la monarquía absoluta... todo esto no eran más que vestigios de las tradiciones de la Edad Media. La democracia burguesa tenía una absoluta necesidad de la igualdad jurídica para permitir la expansión de la competencia y del parlamentarismo, para administrar los asuntos públicos. También buscó regular de la misma forma las relaciones entre las naciones. Pero, en este punto, tropezó con la guerra, es decir una forma de solucionar los problemas que representa una total negación de la “razón”. Entonces comenzó a decirles a los poetas, filósofos, moralistas y hombres de negocios, que sería mucho más productivo para ellos llegar a la “paz perpetua”. Y éste es el argumento lógico que se encuentra en la base del pacifismo.

La tarea original del pacifismo, sin embargo, es fundamentalmente la misma que la de la democracia burguesa. Su crítica sólo aborda la superficie de los fenómenos sociales, no se atreve a ir al grano, a cortar la carne al vivo y llegar a las relaciones económicas que los sustentan. El realismo capitalista juega con la idea de una paz universal basada en la armonía de la razón, y lo hace de una forma puede que más cínica con las ideas de la libertad, la igualdad y la fraternidad. El capitalismo ha desarrollado la técnica sobre una base racional pero ha fracasado en racionalizar las condiciones económicas. Ha puesto a punto armas masivas de exterminio con las que jamás podrían haber soñado los “bárbaros” de la época medieval.

La rápida internacionalización de las relaciones económicas, y el constante crecimiento del militarismo, le han quitado al pacifismo todo fundamento sólido. Pero

¹⁸ Tomado de *El pacifismo, cipayo del imperialismo*, en [Trotsky inédito en internet y en castellano](#) – Edicions Internacionals Sedov.

al mismo tiempo, estas mismas fuerzas le han procurado una nueva aura que contrasta tanto con su antigua apariencia como una rojiza puesta de sol difiere de un alba rosácea.

Los diez años que precedieron a la guerra mundial se califican generalmente como “*paz armada*”, cuando resulta que se trata, de hecho, de un período de guerra ininterrumpida en los territorios coloniales.

La guerra ha castigado duramente a las zonas pobladas por pueblos débiles y atrasados; ha llevado a la participación de África, Polinesia y Asia, y ha abierto la vía a la guerra actual. Pero, como en Europa no se ha estallado ninguna guerra desde 1871, aunque se hayan producido conflictos limitados pero agudos, los pequeñoburgueses se han acunado en una dulce ilusión: en la existencia y el refuerzo continuo de un ejército nacional que garantizaría la paz y permitiría algún día la adopción de un nuevo derecho internacional. Evidentemente, los gobiernos capitalistas y el gran capital no se opusieron a esta interpretación “pacifista” del militarismo. Durante ese tiempo, los preparativos del conflicto mundial alcanzaban su apogeo y la catástrofe se iba a producir muy pronto.

Teórica y políticamente, el pacifismo descansa exactamente sobre la misma base que la doctrina de la armonía social entre los intereses de clase diferentes.

La oposición entre estados capitalistas nacionales tiene exactamente la misma base económica que la lucha de clases. Si se cree posible una atenuación gradual de la lucha de clases, entonces también se creará en la atenuación gradual y en la regulación de los conflictos nacionales.

La pequeña burguesía siempre ha sido el mejor guardián de la ideología democrática, de todas sus tradiciones e ilusiones. Durante la segunda mitad del siglo XIX sufrió profundas transformaciones internas pero todavía no había desaparecido de escena. En el mismo momento en el que el desarrollo de la técnica capitalista minaba permanentemente su papel económico, el sufragio universal y el servicio militar obligatorio le ofrecieron, gracias a su fuerza numérica, la ilusión de ejercer un papel político. Cuando el pequeño patrón lograba no resultar aplastado por el gran capital, el sistema de crédito se encargaba de someterlo. A los representantes del gran capital no le quedaba ya nada más que hacer que subordinar a la pequeña burguesía en el terreno político sirviéndose de sus teorías y prejuicios y confiriéndoles un valor ficticio. Tal es la explicación del fenómeno que se puede observar durante la década precedente a la guerra: entonces el campo de influencia del imperialismo reaccionario se ampliaba y alcanzaba un terrorífico nivel al mismo tiempo que florecían las ilusiones reformistas y pacifistas en la democracia burguesa. El gran capital había domesticado a la pequeña burguesía para que sirviese a sus fines imperialistas apoyándose en los prejuicios específicos de esta clase.

Francia es el ejemplo clásico de ese doble proceso. En ese país dominado por el capital financiero existe una pequeña burguesía numerosa y generalmente conservadora. Gracias a los préstamos al extranjero, a las colonias, a la alianza con Rusia e Inglaterra, la capa superior de la población se ha visto implicada en todos los intereses y conflictos del capitalismo mundial. Al mismo tiempo, la pequeña burguesía francesa sigue siendo provinciana hasta la médula. La pequeña burguesía siente un miedo instintivo ante los asuntos mundiales y, durante toda su vida, sufre horror ante la guerra, esencialmente porque sólo tiene un hijo al que dejará su negocio y muebles. Este pequeño burgués envía a un radical burgués a representarlo en el parlamento porque ese señor promete que preservará la paz gracias a la Liga de las Naciones, por una parte, y, por otra parte, a los cosacos rusos que le partirán la cabeza al Káiser por él. Cuando el diputado radical, salido de su pequeño ambiente de abogados de provincias, llega a París, está animado por una sólida fe en la paz. Sin embargo, sólo tiene una vaga noción de la localización

del Golfo Pérsico y no sabe si el ferrocarril de Bagdad es necesario ni a quién pueda serle útil. En ese ambiente de diputados “pacifistas” es en el que se rebusca para formar los gobiernos radicales. E inmediatamente, éstos se ven enredados en las ramificaciones de todas las precedentes obligaciones diplomáticas y militares suscritas con Rusia, África y Asia en nombre de diversos grupos de interés financieros de la bolsa francesa. El gobierno y el parlamento jamás han abandonado su fraseología pacifista pero, al mismo tiempo, han proseguido una política exterior que finalmente ha llevado a Francia a la guerra.

Los pacifismos inglés y norteamericano (aunque las condiciones sociales e ideológicas de esos países difieran considerablemente de las de Francia, y a pesar de la ausencia de cualquier ideología en Norteamérica) cumplen esencialmente la misma tarea: ofrecen una válvula de escape al miedo de los ciudadanos pequeñoburgueses ante las sacudidas mundiales que, después de todo, no pueden hacer otra cosa más que privarlos de los últimos vestigios de su independencia; acunan y adormecen la vigilancia de la pequeña burguesía gracias a nociones como el desarme, el derecho internacional o los tribunales de arbitraje. Después, en un momento determinado, los pacifistas incitan a la pequeña burguesía a sacrificarse en cuerpo y alma al imperialismo capitalista que ya ha movilizado todos los medios necesarios para lograr ese efecto: conocimientos técnicos, arte, religión, pacifismo burgués y “socialismo” patriótico.

“Estamos contra la guerra, nuestros diputados, nuestros ministros, todos se oponen a la guerra”, se lamenta el pequeñoburgués francés: “Resulta de eso, pues, que se nos ha forzado a hacer la guerra y que para realizar nuestro ideal pacifista debemos llevar esta guerra hasta la victoria”. “¡Hasta el final!” grita el representante del pacifismo francés, el barón de Estournel de Constant para consagrar solemnemente la filosofía pacifista.

Para llevar la guerra hasta la victoria, la bolsa de Londres tiene una absoluta necesidad del respaldo de pacifistas con el temple del liberal Asquith o del demagogo radical Lloyd George. “Si esos hombres dirigen la guerra, se han dicho a sí mismos los ingleses, entonces es que tenemos el derecho de nuestra parte.”

Igual que el gas de combate o los empréstitos de guerra, que no cesan de aumentar, el pacifismo tiene, pues, su papel a jugar en el desarrollo del conflicto mundial.

En los Estados Unidos, el pacifismo de la pequeña burguesía ha desvelado su verdadero papel, el de servidor del imperialismo, de forma aún menos disimulada. Allí, como en todos los lugares, por otra parte, quienes hacen la política son los bancos y los trusts. Incluso antes de 1914, gracias al extraordinario desarrollo de la industria y de las exportaciones, los Estados Unidos ya habían comenzado a comprometerse cada vez más en la arena mundial para defender sus intereses y los del imperialismo. Pero la guerra europea ha acelerado esa evolución imperialista hasta el punto en el que ha alcanzado un ritmo febril. En el momento en el que numerosas personas virtuosas (incluyendo a Kautsky) confiaban en que los horrores de la carnicería europea inspirarían a la burguesía norteamericana un santo horror al militarismo, la influencia real del conflicto en Europa se dejaba sentir no en el plano psicológico sino en el plano material, y llevaba a un resultado exactamente inverso. Las exportaciones de los Estados Unidos, que alcanzaban en 1913 los 2.466 millones de dólares, han progresado en 1915 hasta alcanzar el increíble montante de los 5.481 millones. Naturalmente que la industria de las municiones se ha llevado la parte del león. Después surgió de golpe la amenaza de la interrupción del comercio con los países de la Entente, cuando comenzó la guerra de submarinos sin límites. En 1915, la Entente había importado 35.000 millones de bienes norteamericanos, mientras que Alemania y Austria-Hungría sólo habían importado 15

millones. Estaban en juego, pues, gigantescos beneficios, pero, también, una grave crisis del conjunto de la industria norteamericana que descansa en la industria de guerra. Esas cifras son las que debemos tener en mente si queremos comprender el reparto en Norteamérica de las “simpatías” hacia cada campo. Y los capitalista llamaron entonces al estado: “Usted ha constituido la industria militar bajo la bandera del pacifismo, es usted, pues, quien debe encontrarnos nuevos mercados.” Si el estado no estaba en condiciones de prometer la “libre navegación de los mares” (dicho de otra forma, la libertad para extraer capital de la sangre humana), tenía que encontrar nuevos mercados para las industrias de guerra amenazadas en la misma Norteamérica. Y las necesidades de la carnicería europea llevaron, así, a una *repentina y catastrófica* militarización de los Estados Unidos.

Era previsible que esas medidas suscitaran la oposición de una gran parte de la población. En materia de política interna pues, calmar ese descontento de indefinidos contornos y transformarlo en cooperación patriótica constituía un desafío capital. Y por una extraña ironía de la historia, el pacifismo oficial de Wilson, tanto como el pacifismo de “oposición” de Bryan, suministró las armas más aptas para la obtención del objetivo: controlar a las masas mediante el militarismo.

Bryan expresó, alto y claro, la aversión natural de los campesinos y de todos los pequeñoburgueses hacia el imperialismo, el militarismo y el aumento de impuestos. Pero, mientras multiplicaba las peticiones y delegaciones ante sus colegas pacifistas que ocupaban los más altos cargos gubernamentales, Bryan hacía todo lo posible para romper con la tendencia revolucionaria de ese movimiento.

Bryan telegrafió a un mitin antiguerra que se celebró en Chicago en febrero con estas palabras: “Si se llega a la guerra, *apoyaremos al gobierno*, pero hasta ese momento nuestro deber más sagrado es hacer todo lo está en nuestras manos para evitar los horrores de la guerra.” Esas pocas palabras contienen todo el programa del pacifismo pequeñoburgués. “todo lo que está en nuestras manos para evitar la guerra” significa ofrecer un desahogo a la oposición de las masas bajo la forma de inofensivos manifiestos. Así se le asegura al gobierno que, si tiene lugar la guerra, la oposición pacifista no pondrá ningún obstáculo a su acción.

En verdad, *esto es todo lo que necesita el pacifismo oficial*: un Wilson que ya había dado a los capitalistas que hacen la guerra numerosas pruebas de su “disposición a combatir”. Y el mismo Señor Bryan entiende que es suficiente con haber hecho esas declaraciones, tras lo cual quedó satisfecho con apartar a un lado su estruendosa oposición a la guerra con un único objetivo: declarar la guerra. Como Wilson, Bryan se precipitó en ayuda del gobierno. Y las grandes masas, no solamente la pequeña burguesía, se dijeron: “Si nuestro gobierno, dirigido por un pacifista de reputación mundial como Wilson, puede declarar la guerra, y si el mismo Bryan puede apoyarlo en la cuestión de la guerra, entonces seguramente es que se trata de una guerra justa y necesaria”. Esto explica por qué el virtuoso pacifismo, a la moda cuáquera, apoyado por los demagogos que dirigen el gobierno, era tenido en tan alta estima por la bolsa y los dirigentes de la industria de guerra.

Nuestro propio pacifismo menchevique, socialista-revolucionario, a pesar de las diferencias de condiciones locales, ha ejercido exactamente el mismo papel a su manera. La resolución sobre la guerra, adoptada por la mayoría del Congreso Panruso de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados, no solamente se basa en los mismos prejuicios pacifistas en lo concerniente a la guerra sino, también, en las características de la guerra imperialista. El congreso afirma que “la primera y más importante de las tareas de la democracia revolucionaria” es la de acabar rápidamente con la guerra. Pero esas declaraciones sólo tienen un objetivo: en tanto que los esfuerzos internacionales de

la democracia burguesa no logren acabar con la guerra, la democracia revolucionaria rusa exige con fuerza que el ejército ruso esté preparado para el combate, tanto a la defensiva como a la ofensiva.

La revisión de los antiguos tratados internacionales le obliga al Congreso Panruso de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados a someterse de buen grado a los diplomáticos de la Entente, y en su naturaleza no está liquidar el carácter imperialista de la guerra, incluso si pudiesen hacerlo. Los “esfuerzos internacionales de las democracias” abandonan al Congreso Panruso de los Sóviets y a sus dirigentes en manos de los patriotas socialdemócratas, que están atados de pies y manos a sus gobiernos imperialistas. Y esta misma mayoría del Congreso Panruso de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados, tras verse comprometida en una vía sin salida (“el fin lo más rápidamente posible de la guerra”) se ha visto llevada ahora, en lo que concierne a la política práctica, a una precisa conclusión: *la ofensiva*. Un “pacifismo” que se somete a la pequeña burguesía y nos lleva a apoyar la ofensiva, por descontado que se verá acogido muy calurosamente por el gobierno ruso y, también, por las potencias imperialista de la Entente.

Miliukov, por ejemplo, ha declarado que: “Nuestra lealtad hacia nuestros aliados y hacia los antiguos tratados (imperialistas) firmados nos obliga a iniciar la ofensiva.”

Kerensky y Tsereteli afirman: “Aunque los antiguos tratados no hayan sido todavía revisados, la ofensiva es inevitable.”

Los argumentos varían pero la política es la misma. Y no puede ser de otra forma puesto que Kerensky y Tsereteli están estrechamente ligados al partido de Miliukov que se encuentra en el gobierno.

El pacifismo socialdemócrata y patriótico de Dan, igual que el pacifismo al estilo cuáquero de Bryan, sirve de hecho a los intereses de las potencias imperialistas.

Por ello la tarea más importante de la diplomacia rusa no consiste en persuadir a la diplomacia de la Entente para que revise tal o tal otro tratado, o para que derogue tal disposición, sino en convencerla de que la revolución rusa es absolutamente fiable, que se puede confiar en ella con toda seguridad.

El embajador ruso, Bachmatiev, en su discurso ante el Congreso Norteamericano del 10 de junio, también ha caracterizado la actividad del Gobierno Provisional desde este punto de vista:

Ha dicho: “todos esos acontecimientos demuestran que el poder y la representatividad del Gobierno Provisional aumenta cada día. Cuanto más aumenten, más en condiciones estará el gobierno para eliminar a los elementos desintegradores que provienen de la reacción o de la extrema izquierda. El Gobierno Provisional acaba ahora justamente de decidir tomar todas las medidas necesarias para lograrlo, incluso si es necesario utilizar la fuerza, aunque no cesa de buscar una solución pacífica para esos problemas.”

Ni por un instante se puede dudar de que el “honor nacional” de nuestros patriotas socialdemócratas se mantiene intacto cuando el embajador de la “democracia revolucionaria” se apresura a demostrarle a la plutocracia norteamericana que el gobierno ruso está presto para hacer correr la sangre del proletariado ruso en nombre de la ley y el orden. El elemento más importante del mantenimiento del orden era el apoyo leal a los capitalistas de la Entente.

Y mientras que Herr Machmatiev, con el sombrero en la mano, se dirigía humildemente a las hienas de la bolsa norteamericana, *messieurs*¹⁹ Tsereteli y Kerensky adormecían a la “democracia revolucionaria” asegurándole que era imposible combatir

¹⁹ En francés en el original. “Señores”.

a la “anarquía de la izquierda” sin utilizar la fuerza y amenazaban con desarmar a los obreros de Petrogrado y a los regimientos que los apoyaban. Ahora podemos ver que esas amenazas se proferían en un buen momento: eran la mejor garantía para los préstamos norteamericanos a Rusia.

Herr Bachmatiev podía haberle dicho a Mr. Wilson: “Ahora puede ver que nuestro pacifismo revolucionario no difiere ni un pelo del pacifismo de su bolsa. Y si pueden creer a Mr. Bryan, ¿por qué no podrían creer a Herr Tsereteli?”

Las jornadas de julio²⁰

Julio de 1917

Por las calles de Petrogrado ha corrido la sangre. A la revolución rusa se le ha añadido un capítulo trágico. ¿Quién es el responsable? “Los bolcheviques”, responde el hombre de la calle repitiendo lo que le dicen sus diarios. Para la burguesía y los politicastros oportunistas, el conjunto de estos trágicos acontecimientos se resume en estas palabras: arrestad a los líderes y desarmad a las masas. Y el objetivo es establecer el “orden revolucionario”. Los social-revolucionarios y los mencheviques, arrestando y desarmando a los bolcheviques, están prestos para restablecer el “orden”. Solo hay un problema: ¿qué orden y para quién?

La revolución ha provocado inmensas esperanzas en las masas. Entre las de Petrogrado, que han jugado un papel dirigente en la revolución, esas esperanzas, esas expectativas, se mantenían con un fervor particular. Era la tarea del partido socialdemócrata transformar esas esperanzas y expectativas en programa político claramente definido, de forma que se pudiese dirigir la impaciencia revolucionaria de las masas hacia una acción política organizada. La revolución se enfrentaba al problema del *poder*. Nosotros²¹, como los bolcheviques, éramos partidarios de la entrega de todo el poder al Comité Central de los Consejos de Delegados Obreros, Soldados y Campesinos. Las clases superiores, y tenemos que incluir en ellas a los social-revolucionarios y a los mencheviques, exhortaban a las masas para que apoyasen al gobierno de Miliukov-Guchov. Hasta el último momento, es decir hasta la dimisión de esos personajes, los más claramente proimperialistas del primer gobierno provisional, los dos partidos que acabamos de mencionar se mantuvieron firmemente solidarios con el gobierno en toda la línea. Solamente tras el reajuste gubernamental se enteraron las masas por sus propios diarios de que no se les había dicho toda la verdad, que se les había engañado. Entonces se les dijo que debían confiar en el nuevo gobierno “de coalición”. La socialdemocracia revolucionaria predijo que el nuevo gobierno no se diferenciaría fundamentalmente del antiguo, que no haría ninguna concesión a la revolución y que, una vez más, traicionaría las esperanzas de las masas. Y fue eso lo que ocurrió. Tras dos meses de debilidad, solicitudes de confianza y exhortaciones verbosas, el gobierno no fue capaz de disimular su posición que consistía en embrollar los problemas: se hizo evidente que las masas, otra vez más, habían sido engañadas y esta vez más cruelmente que nunca.

La impaciencia y la desconfianza de la mayoría de los obreros y soldados de Petrogrado crecía, y no de un día a otro, sino de hora en hora. Alimentados por la guerra que se prolongaba sin esperanzas para todos aquellos que participaban en ella, por la desorganización económica, por la preparación oculta de la parálisis de los principales sectores de la producción, esos sentimientos encontraron su expresión política inmediata en la consigna: “¡Todo el poder a los sóviets!”. La dimisión de los cadetes y la demostración definitiva de la quiebra interna del Gobierno Provisional, aún convencieron más profundamente a las masas de que tenían razón en oponerse a los

²⁰ Tomado de: *Las jornadas de julio*, en [Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov](#).

²¹ Trotsky en aquellos momentos era miembro de la Organización Interdistritos (Mezhrayontsi) que se fusionó con los bolcheviques en julio de 1917. [EMaspero]

dirigentes oficiales de los sóviets. Las dudas de los social-revolucionarios y de los mencheviques echaron gasolina al fuego. Las exigencias, las casi persecuciones, contra la guarnición de Petrogrado, a la que se le pedía que comenzase una ofensiva, causaron el mismo efecto. Se hacía inevitable una explosión.

Todos los partidos, incluyendo a los bolcheviques, hicieron todo lo posible para impedir que las masas se manifestasen el 16 de julio; pero las masas se han manifestado, y lo que es más importante, en armas. Todos los agitadores, todos los representantes de distrito, dijeron en la noche del día 16 que la manifestación del 17, en tanto que la cuestión del poder se mantenía en suspenso, tendría lugar sin remedio y que ninguna medida podría retener al pueblo. Esta fue la única razón por la que el Partido Bolchevique y, con él, nuestra organización, decidieron no quedarse al margen lavándose las manos, sino hacer todo lo que estaba en sus manos para transformar el 17 de julio en una manifestación de masas pacífica. El llamamiento del 17 de julio no tenía otro significado. Estando dada por segura la intervención de bandas contrarrevolucionarias, por supuesto que era evidente que se producirían enfrentamientos sangrientos. Ciertamente hubiera sido posible privar a las masas de toda dirección política, decapitarlas políticamente, por decirlo así, y, rehusando dirigir las, abandonarlas a su suerte. Pero, en tanto que partido obrero, ni podíamos ni queríamos adoptar esta táctica de Poncio Pilatos: decidimos unírnos a las masas y hacer un solo cuerpo con ellas, para introducir en su agitación elemental el mayor grado de organización posible, estando dadas las circunstancias, y reducir, así, al mínimo el número probable de víctimas. Los hechos son muy conocidos. La sangre ha corrido. Y ahora la prensa “influyente” de la burguesía y otros diarios a su servicio tratan de hacer recaer la entera responsabilidad de las consecuencias sobre nosotros (de la pobreza, del agotamiento, de la desafección y de la rebelión de las masas). Para alcanzar ese objetivo, para completar ese trabajo de movilización contrarrevolucionaria contra el partido del proletariado, canallas anónimos, semianónimos, o bien muy conocidos, extienden acusaciones de corrupción: la sangre ha corrido por culpa de los bolcheviques, y los bolcheviques actúan bajo las órdenes de Guillermo II.

Hoy pasamos por días de prueba. La firmeza de las masas, la sangre fría, la fidelidad de sus “amigos”, todo ello está sometido a un test. Nosotros también estamos sometidos a ese test, y saldremos de él más fuertes y unidos que de todas las pruebas precedentes. La vida está con nosotros y lucha por nosotros. El nuevo reajuste gubernamental, impuesto por una situación ineluctable y por la miserable timidez de los partidos en el poder, ni cambiará nada ni resolverá nada. Es preciso un cambio radical de todo el sistema. Se necesita un poder revolucionario.

La política de Tsereteli-Kerensky se dirige directamente a desarmar y debilitar al ala izquierda de la revolución. Si logran restablecer el “orden” con esos métodos, serán los primeros (después de nosotros, por supuesto) en caer víctimas de ese “orden”. Pero no lo lograrán. La contradicción es demasiado profunda, los problemas son demasiado enormes para poder ser resueltos con simples medidas policiales.

Tras los días de prueba vendrán los días de progreso y victoria.

Edicions internacionals Sedov



Series de estas EIS

Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional

Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal

La lucha política contra el revisionismo lambertista

Lenin: dos textos inéditos

León Sedov: escritos

Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista

Obres escollides de Lenin en català

Obres escollides de Rosa Luxemburg en català

Rosa Luxemburg en castellano

Trotsky inédito en Internet y castellano

Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España

Comunas de París y Lyon

Colección de carteles de las Comunas de París y Lyon, con fotografías de los originales, traducidos al castellano



Y puedes también consultar el catálogo de nuestras ediciones hermanas



Plejánov, G. V. , obras

Alarma. Boletín de Fomento Obrero Revolucionario. Primera Serie (1958-1962) y números de Segunda y Tercera Serie (1962-1986)

Amigo del Pueblo, selección de artículos del portavoz de Los Amigos de Durruti

Armand, Inessa

Balance, cuadernos de historia del movimiento obrero internacional y de la guerra de España

Balius, Jaime (Los Amigos de Durruti)

Bleibtreu, Marcel

Broué, Pierre. Bibliografía en red

Comunas de París y Lyon

Ediciones Espartaco Internacional

Frenicia, Cintia y Gaido, Daniel

Guillamón, Agustín. Selección de obras, textos y artículos

Heijenoort, J. Van

Jacobin magazin: Serie de artículos publicados en el centenario de la revolución rusa de 1917

Just, Stéphane. Escritos

Kautsky, Karl

Munis, G. Obras Completas y otros textos

Parvus (Alejandro Helphand)

Rakovsky, Khristian (Rako)

Rühle, Otto

Textos de apoyo

Varela, Raquel, et al. - El control obrero en la Revolución Portuguesa 1974-75